

fiebre en una cama, tuve el dolor de verla salir para el hospital, y saber después que había muerto. Yo continué en la prisión, donde me fuí enfermado más de lo que estaba, hasta que habrá quince días que me mandaron poner en libertad, dándome por compurgada de la complicidad en el robo. Yo salí sin saber adónde iba, echando menos la compañía de mi madre, cuya falta me hizo conocer más lo horrible de mi situación, y sin discurrir el modo de remediarla, por no tener ni á quién volver mis ojos; pues que la vergüenza no me dejaba buscar á ustedes ni quería volver á la prostitución. Andando maquinalmente, al pasar por esta casa ví en la puerta á su dueña, é inspirándome alguna confianza su exterior, le rogué me diera posada, que con generosidad me franqueó al momento. Como por esta franqueza y caridad con que en medio de su pobreza me socorría con algún alimento se hiciera acreedora á mi confianza, le conté algo de mi vida, la muerte de mi madre y la familia á que pertenecía; pero rogándole que guardase secreto, pues que me moriría de vergüenza á la vista de ustedes. Mas ella, que me ha visto más enferma cada día, á resulta de mi conducta y padecimientos, habrá solicitado á ustedes y avisádoles por caridad. Dios sabe cómo y por qué ordena todos los acontecimientos del mundo. Á mí no me toca más que pedir á Su Majestad me perdone mis innumerables culpas, y á ustedes los disgustos y pesares que les he dado...

¡Oh muerte! ¡Qué terrible es tu aspecto para quien acibaró su vida con las vanidades é indigestos placeres del mundo y que jamás levantó sinceramente el corazón á su Criador! ¡Oh! si mis días...

Desvaneciése á estas palabras. Cayó privada y quedó inmóvil por algunos instantes y sin sentido alguno. Volvió á poco; pero la calentura se le había agravado notablemente y comenzaba á delirar, á tiempo que llegó el médico, y reconociéndola dijo que era traerle la muerte más violenta el sacarla de allí, como quería su familia; que sobre un gálico irremediable, como lo decían bien claro las úlceras de boca y nariz y las llagas de las piernas, tenía una fiebre voraz de que no podía escapar; que era necesario se asistiese allí y que luego que se serenara un poco se dispusiera y sacramentara. Recetó, y por disposición de la familia repitió durante la tarde y la noche otras cuatro visitas.

Tan luego como don Modesto y Pudenciana se enteraron del estado de gravedad de la enferma, montaron en el coche, quedándonos allí para lo que se ofreciera doña Matilde y yo; fueron á casa, y á poco volvieron trayendo en el mismo coche, colchón, ropa de cama y camisas para la enferma, y los trastes necesarios para su asistencia y servicio, y á poco rato llegó el mozo con cargadores que traían mesa, sillas, bancos de cama y lo que se creyó preciso. Todo el día y la noche lo pasamos allí,

menos doña Matilde, que por instancias de sus hijos, que querían librarla de un contagio, á pretexto de que les hiciera favor de ir á cuidar de la casa y los niños, la hicieron irse en la noche y volvió al día siguiente temprano. La enferma amaneció mejor, y aprovechando el tiempo se dispuso lo mejor posible y se sacramentó y oleó; pero apenas acababa de recibir los auxilios espirituales, cuando se fué empeorando, y á las ocho de la noche, en medio de los más vehementes dolores y agitación, auxiliada por los Padres Camilos, que se habían llamado, entregó su alma al Criador, dejando un patético y sensible ejemplo y escarmiento á las mujeres sin juicio que siguen las mismas ideas y conducta de la infeliz Pomposa.

Esa noche, dejando allí dos personas de confianza, fuímos todos á dormir á casa, y al día siguiente se dispuso el entierro como de una persona de la familia, al que asistió un capitán, que nunca se pudo saber quién era, pues sólo concurrió y se fué sin despedida y muy triste. Se mandaron decir por su alma porción de misas y se sepultó en el panteón de San Pablo, y en su sepulcro se puso el siguiente

## EPITAFIO

Detente y mira, viajero,  
Esta ceniza asquerosa  
Que formaba de Pomposa  
El atractivo hechicero.

Por él abrió ella el sendero  
Que la llevó al precipicio,  
Desplomando un edificio  
Que más hubiera durado,  
Á no ser precipitado  
Por la falta de buen juicio.

Don Modesto, de acuerdo con madre y esposa, para compensar su caridad á la pobre vieja que había recogido y socorrido á Pomposa, le regaló la cama y cuanto había llevado para su asistencia, le dieron alguna ropa y le señalaron un socorro de doce pesos cada mes. Así obraba esta ejemplar familia, que con los muy buenos principios que tuvo y supo aprovechar, y sus naturales generosos sentimientos, hizo su felicidad, así como la de todas las personas que la rodeaban.

Á pocos días de la muerte de Pomposa, me encontré casualmente con dos de los colegiales que le pusieron el sobrenombre de QUIJOTITA, que eran cabalmente Sansón Carrasco, que ya era eclesiástico y cura de T..., y el Zorro, que estaba recibido de abogado, é impuestos del fin triste de Pomposa y de lo que lo había ocasionado, con aquel su humor alegre y bufón que no habían perdido, le compusieron un epitafio que decía así:

Quijota, ¿de qué sirvieron  
Tus monadas y embelesos,  
Si al fin reducida á huesos  
Todas tus gracias se vieron?  
¡En polvo se convirtieron

Tus formas tan exquisitas!  
Desengaño, mujercitas,  
Pensad con más madurez,  
En lograr buena vejez  
Negada á las *Quijotitas*.

El licenciado Narices, que había continuado conmigo su comunicación, haciéndole una visita é informándole de la lastimosa muerte de nuestra Quijotita, le hizo también un epitafio, que si mal no me acuerdo decía así:

*NIHIL ALIUD EST VITA NISI FUMUS*

Yaces, mujer, reducida  
En este sepulcro frío,  
Sin valerte ni tu brío  
Ni tu hermosura mentida.  
En esto para una vida  
Inmoral, desarreglada,  
Que temprano fué enviada  
Por caprichosos contentos,  
En que olvidó los momentos  
De reducirse á la nada.

He dado fin á la historia de la célebre Quijotita, de las que por desgracia hay muchas en todas partes. ¡Ojalá que lo que he dicho sea bastante para que reformen su conducta, para que hagan su felicidad, la de sus esposos y familia! y pareciéndome útil al intento, regalo á las señoras con unas máximas que de puño y letra de mi finado tutor, el señor coronel don Rodrigo Linarte, se encontraron entre sus papeles y son las siguientes:

La mujer que obedece á su marido, ésa lo manda.

Cuando la mujer asiste á su oficio, el marido la ama, la familia anda en concierto, aprenden virtud los hijos, reina la paz doméstica y la hacienda crece.

Una mujer puede estar segura del corazón de su marido, en tanto que ella lo está de su paciencia.

En los negocios de su familia, y no en los del Estado, es donde una mujer debe manifestar su talento y su prudencia.

Mujer, no quieras parecerte al hombre. Los dos sexos no deben de tener nada de común entre sí.

La mujer casada guarde tal moderación y compostura, que sólo en su cintura se conozca que ya no es virgen.

No aspire á dominar á tu marido, conténtate con tener una dulce influencia sobre su corazón. Sé para él aquella tierna luz, aquella pacífica claridad que luce en los Campos Elíseos.

Mujer recién casada, no abuses del ascendiente de tu sexo y edad sobre tu joven esposo. Tarde ó temprano él volverá á tomar su carácter, y teme que al cesar de ver en tí su querida, no te halle ni aun digna de ser su compañera.

Si quieres que tu marido permanezca siempre á tu lado, haz de modo que no encuentre en otras partes tantas gracias, modestia, dulzura y ternura como en tu casa.

Joven casada, si deseas vivir en paz, evita el querer tener siempre razón con tu marido.

Sea la esposa la hermana de su marido enfermo.

Esposa ofendida, no seas vengativa. El perdón de una injuria embellece á la misma Venus.

Yo, que había visto en la familia de Pomposa tan sensibles desengaños de lo que es el mundo, no queriendo experimentarlo más, me dí por muerto.

*B. Pito.*



## ÍNDICE

ADVERTENCIAS. . . . .	I
PRÓLOGO EN UNA CARTA Y SU CONTESTACIÓN. . . . .	III
RESPUESTA. . . . .	VII
CAPÍTULO I.—En el que se da razón de quiénes fueron estas dos señoras, y de la primera educación de ambas. . . . .	11
» II.—En el que continúa la materia del antecedente. . . . .	29
» III.—En que se refieren otros pormenores de la educación de las niñas Pomposa y Pudenciana. . . . .	57
» IV.—En el que se trata una materia entretenida..	91
» V.—En el que se trata un asunto de gravísima importancia. . . . .	111
» VI.—En el que luce mucho la instrucción y edificante conducta de la madre de Pomposita. .	133
» VII.—En el que se refiere el modo con que el coronel enseñó á escribir y contar á su niña, y una conversación que tuvo con su esposa..	159